

## LECCION 3

### Para ser libres

Un modo de empezar a ser más libre consiste en acostumbrarte a pensar en las consecuencias de tus decisiones y asumirlas antes de llevarlas a cabo, en ser más consciente de lo que implica lo que vas a hacer. En esta lección reflexionaremos sobre las mutuas relaciones entre pecado, libertad y gracia de Dios

¡Buen estudio!

Al salir de la barca, enseguida le salió al encuentro desde los sepulcros un hombre poseído por un espíritu inmundo, que vivía en los sepulcros y nadie podía tenerlo sujeto ni siquiera con cadenas; porque había estado muchas veces atado con grilletes y cadenas, y había roto las cadenas y deshecho los grilletes, y nadie podía dominarlo. Y se pasaba las noches enteras y los días por los sepulcros y por los montes, gritando e hiriéndose con piedras (Marcos 5, 2-5)

No es difícil imaginar la gran fuerza interior que impulsaba a este hombre, hasta el punto de hacer saltar las ataduras que le sujetaban, defendiendo a toda costa su libertad de ir por donde quisiera y hacer lo que le pareciera incluso herirse sin que mandasen sobre él: nadie lograba dominarlo. También ahora no pocos creyentes se encuentran incómodos o se rebelan: tienen la sensación de que vivir plenamente su fe les supone tener que renunciar a buena parte de su libertad, sin

poder hacer lo que quieren o les atrae, como si estuvieran presos por unas cadenas. Sin embargo, no es difícil descubrir, al leer otros pasajes del Evangelio, que los apóstoles y quienes seguían a Jesús estaban contentos junto a Él, y se sentían libres, aunque Jesús con frecuencia era exigente y les pedía renunciar a cosas o hacer algo que no les gustaba. ¿Qué ha podido provocar ese cambio de mentalidad y de actitud?

La respuesta la encontraremos dando un pequeño, pero útil, rodeo. Hoy usamos mucho la palabra libertad: en los periódicos, en el trabajo, tomando un café, en la ciencia, incluso se grita por las calles: ¡libertad, libertad! Y a la vez hay una continua queja, como una frustración, como si fuese algo que pareciese imposible de alcanzar. Por otra parte, esa palabra la entendemos de muchas maneras distintas, lo que complica aún más las cosas. En Matemáticas, por ejemplo, se habla de grados de libertad para indicar, en un sistema de ecuaciones lineales, el número de variables que son dependientes de las otras, es decir, que admiten un conjunto infinito de posibles valores que son solución del sistema (los puntos de corte de dos planos no paralelos son infinitos, forman una recta). Es una libertad entendida como indeterminación, como indiferencia (da igual uno que otro).

En el campo de la Física de partículas, el término libertad es sinónimo de incertidumbre, de que no se sabe por adelantado lo que va a pasar en un sistema de masa-energía sometido a ciertas condiciones o influjos; y, en

ocasiones, el resultado puede afectar decisivamente a otros sistemas. Si un cambio muy leve en un sistema produce un gran efecto, se dice que el sistema es sensible a las condiciones iniciales, y depende de lo equilibradas que estén las cosas. Un ejemplo: una gota de lluvia que cae en lo alto de una cima de las Montañas Rocosas, en los Estados Unidos. Si cae a un lado de la cumbre, descenderá hacia el oeste en un riachuelo que se convertirá en río y que irá a desembocar al océano Pacífico. Pero si lo hace unos pocos milímetros más allá, al otro lado de la cima, acabará en el océano Atlántico, a miles de kilómetros de distancia. Y no sabemos qué hará antes de que caiga: puede depender del viento en ese momento, de la erosión de cada ladera, del trabajo de las hormigas, etc.

Otro ejemplo es el del tiempo atmosférico. Los meteorólogos lo saben porque pueden simular con cierta aproximación las variaciones del clima en sus ordenadores. Para ello, incorporan todos los datos correspondientes a la temperatura, la presión y todo lo demás en el día de hoy, y luego ponen a funcionar el modelo matemático para saber el tiempo que hará mañana. En ocasiones, por curiosidad, cambian un poco algún que otro número, y vuelven a accionar el modelo: a veces eso no cambia gran cosa el pronóstico del tiempo, pero otras veces sí. Al margen de esas pequeñas variaciones hechas adrede, los meteorólogos no tienen la seguridad absoluta de haber incorporado los datos correctamente. Si tienes que teclear una larga serie de

números, te darás cuenta de lo fácil que es cometer un pequeño error; y un solo número que baile puede suponer una diferencia enorme en el cálculo final.

Pasando esto al plano humano, es evidente que las decisiones que tomamos, por insignificantes que sean, repercuten en el futuro. Sin embargo, muchos antiguos creían que lo que hacíamos era voluntad de los dioses, que éramos como títeres suyos y hacíamos lo que ellos querían. Historias de la antigua Grecia, como la Odisea, se basan en la idea de que cuanto hacemos está determinado por el destino; de manera que, aun cuando crees poder elegir, quienes deciden por ti son otros (los dioses). En los inicios de la ciencia moderna, científicos como Isaac Newton también creían que todo estaba predestinado. Pensaban que las reglas de la ciencia eran como un mecanismo de relojería. Creían que al universo le habían dado cuerda al principio y que todo lo que pasara a partir de entonces era tan predecible como el tictac de un reloj. La ciencia moderna nos dice que no es así. En parte porque, debido a la sensibilidad a las condiciones iniciales (interacción de muchísimas variables), el universo no sabe lo que va a pasar a continuación.

Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el agotamiento, en el campo de la Medicina, la Biología, etc. El hombre no posee una determinación biológica e instintiva tan fuerte como los animales: es bastante inespecializado, inadaptado a un entorno específico, sin un conjunto fijo

de estímulos y respuestas como sucede en el caso de otras especies animales. El hombre puede interesarse por cosas que no le sirven para nada e incluso que no existen. Y responder a cada estímulo de muchos modos. Tiene muy poca especialización digestiva, y no solamente puede comer de todo, sino que hace arte culinario, inventando nuevos platos y sabores; pero también puede hacer huelga de hambre y morir teniendo delante alimento abundante, saltándose el instinto de conservación. En este sentido decimos que el hombre es libre. Los animales, en cambio, tienen un hardware adaptado a las situaciones que deben resolver, un aprovechamiento de los recursos prefijado (las tendencias e instintos) que no admite nuevos programas y aplicaciones, nuevo software: no son capaces de ser creativos, de trabajar las ideas y objetos mentales, de preparar nuevas herramientas mentales que les permitan superar los objetivos ya alcanzados y progresar.

Los biólogos van llegando cada vez más a la convicción de que, en realidad, los genes no son algo independiente, como garbanzos, sino algo fluido y en continua interacción. Cómo, cuándo y en qué grado se expresa un gen (es decir, cómo es traducida su secuencia en una proteína funcional) depende de las señales de la célula en que vive. Y como esa célula está recibiendo y enviando constantemente señales (proteínas) a las demás, de muchos genes que son simultáneamente encendidos o apagados, en realidad la expresión de un determinado gen está dependiendo de lo que está sucediendo en el

resto del entero genoma, e incluso de la membrana y el citoplasma de la célula (es la epigenética: hay ya abundantes estudios científicos que lo apoyan). Esto significa que la expresión (los efectos visibles) de cualquier gen puede variar en un amplio rango, dependiendo del medio ambiente. Es decir, que en el hombre hay predisposiciones, inclinaciones, tendencias, pero no determinaciones necesarias en la mayoría de los casos.

Pero donde asignamos un significado y una importancia mayor a la palabra libertad es en la dimensión espiritual personal y en el campo social y político. Muchos la entienden como sinónimo de derecho: libertad de expresión, libertad de asociación, libertad religiosa; es decir, como ausencia de coacción o injusta limitación a la hora de decidir. La ven como algo exterior a la persona, y cuando no existen todas las opciones deseadas ya no existe libertad o es menor. Se asemeja algo aunque no sea exactamente lo mismo a lo que parecía reclamar el endemoniado encadenado del Evangelio. Pero existe otro sentido, que se fija más en el contenido: estar libre es estar disponible, vacío, no ocupado ni lleno (un taxi). Y así implica una carencia, una imperfección, señala que le falta algo que debe alcanzar. ¿No te sorprende un poco que la libertad pueda ser tantas cosas a la vez? Aunque, como luego verás, en realidad se puede reducir a dos modos distintos de plantear las cosas.

Que existe la libertad es comprobable: yo, en cierta medida, domino mis propios actos. Incluso en el caso de que se me intente imponer algo mediante violencia física o psicológica, mi experiencia íntima me dice que el querer hacerlo o no es un acto interior, una decisión que permanece siempre dentro de mí. La libertad está implícita, como escondida, en todas las razones y decisiones de cada persona: ¿por qué despediste a esos empleados de la empresa?, ¿por qué no quieres tener al hijo que crece en tu vientre? Y también en muchas de sus dudas e incertidumbres: ¿hago un máster o una oposición?, ¿me voy al extranjero a trabajar o lo intento aquí?, ¿me caso ya o espero a reunir algún dinero? Las decisiones humanas son fruto de la libertad, que incluye la capacidad de elegir, y afectan al mundo que nos rodea. Sus efectos son a veces pequeños, y otras veces considerables, pero siempre reales. Lo que haga una sola persona tiene que ver, de un modo u otro, con las demás; y, en buena medida, es impredecible, no está fijado de antemano.

Hay aquí algo misterioso. ¿No te ha pasado alguna vez que, a pesar de haber asumido unos principios o propósitos (dejar de fumar, un horario de estudio, un régimen de comidas, etc.), te sorprendes abandonándolos fácilmente, yendo en contra de lo que tú has decidido, sin saber muy bien por qué? Parece haber una cierta debilidad o enfermedad en nuestra libertad, un no querer del todo lo correcto en muchos casos. Y, sin embargo, es real que existe la capacidad de decidir y las

decisiones tienen consecuencias, el hecho de jugársela al elegir entre varias opciones posibles. Dios ha querido respetar las decisiones humanas con todas sus consecuencias, presentes y futuras, y ya se lo explicó al pueblo de Israel: Hoy pongo ante ti la vida y el bien, o la muerte y el mal. Si escuchas los mandamientos del Señor (...) amando al Señor, tu Dios, marchando por sus caminos y guardando sus mandamientos, leyes y normas, entonces vivirás (...) el Señor, tu Dios, te bendecirá (...) Pero si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar inclinándote ante otros dioses y dándoles culto, entonces os anuncio hoy que pereceréis sin remedio (...): elige, pues, la vida, para que tú y tu descendencia viváis, amando al Señor, tu Dios, escuchando su voz y adhiriéndote a Él.

Todos los días Dios nos da un momento en que es posible cambiar todo lo que nos hace infelices. El instante mágico es el momento en que un sí o un no pueden cambiar toda nuestra existencia (Paulo Coelho). El mundo puede llegar a ser muy distinto por una pequeña decisión de una persona. Imagínate qué hubiese pasado si el rey Enrique VIII no se hubiese encaprichado de Ana Bolena y hubiese sido fiel a su mujer, Catalina de Aragón. O, con un ejemplo más actual, un estudiante que, venciendo el sueño y la pereza, decide un lunes levantarse en vez de quedarse en la cama, y asistir desde la primera hora a las clases en la Facultad y, casualmente, ese día aparece otro profesor, distinto del habitual, que desarrolla la materia de manera tan genial y brillante, que el alumno se

entusiasmo, se decide a aprender más sobre aquello, y llega a ser con los años una eminencia mundial en bioquímica o genética, y con sus descubrimientos se salvan muchas vidas humanas. Muchos tenemos experiencia de algún profesor o profesora así, que nos ha influido positivamente; pero, en el fondo, todo dependió de una pequeña decisión personal: hoy sí me voy a levantar, aunque el fin de semana me dejara fatal.

Quizá ya has notado que varios de los ejemplos anteriores tienen algo en común: tendemos a poner el acento de la libertad en nuestra capacidad de elegir entre varias opciones y en la indeterminación, o sea, en hacer o no hacer, y en hacer esto o lo otro, pero así nos quedamos en la superficie. Parece como si quisiésemos encontrar un campo que pudiese producirlo siempre todo... a condición de no arar ni sembrar en él nunca nada. Pero ¿por qué nos fijamos tanto en esto, en las opciones con que cuento, y no en otros aspectos, como mi voluntariedad, la fuerza que pongo en cada caso cuando elijo, unas veces mayor y otra menor, que tiene mucho que ver con mi motivación, con lo que me interesan y afectan las cosas, y también con el autodomínio, con la auto posesión, con la capacidad para dar y darse? Pero para acabar de entender bien este asunto conviene conocer una historia sucedida hace tiempo.

Corrían los últimos años del siglo XIII, y en un pueblecito al sur de Londres nació un niño. Pasó el tiempo, ese niño creció, y se hizo franciscano; estudió en Oxford y llegó a

ser un conocido teólogo. Era un hombre inteligente, que se planteaba las cosas con seriedad... Se llamaba Guillermo de Ockham. Y un día, meditando sobre Dios y su poder en el mundo y en el hombre, tuvo una crisis. Se planteó una pregunta semejante a la que una vez hizo en clase una niña de doce años: ¿Puede Dios hacer una piedra tan grande, tan grande, que después no la pueda levantar?. Es decir, ¿podría Dios hacer algo de lo que no pudiera después volverse atrás, arrepentirse? Guillermo se quedó sin saber qué responder, y dejó que su cabeza fuera razonando: si hubiese algo que Dios no pudiera hacer, entonces Dios no sería todopoderoso, y entonces no sería verdaderamente Dios. Eso quiere decir que si las cosas son como son es porque Dios las ha querido así; pero entonces tendrían que poder ser de otro modo, incluso al contrario un mundo en el que lo bueno fuera malo y lo malo bueno, para asegurar un Dios verdaderamente todopoderoso. En el fondo, pues, todo lo que existe ha dependido de una voluntad concreta, de un capricho de Dios...

Esta sencilla idea, con la que tú quizá estarías de acuerdo, es probablemente una de las que más daño ha hecho en la historia de la humanidad. Sus consecuencias, llevadas hasta el final, son terroríficas: si todo depende de una voluntad arbitraria entonces no hay una lógica, un sentido en las cosas y situaciones, pues éstas no contienen dentro de sí una verdad (una palabra dirigida por Dios hacia nosotros) igual para todos, ni algo esencial y permanente, unas relaciones y un orden con las demás

cosas que se puedan conocer y comprender con seguridad. Es decir, nada es verdadero o falso en sí mismo, nada es seguro y fijo, sólo podemos decir que Dios lo ha querido así. Y entonces es difícil no ver en ese Dios a un dictador, alguien que manda, pero sin razones; y la vida cristiana como un conjunto de cosas que hay que hacer o aceptar porque lo manda Dios, porque lo manda la Iglesia, no porque haya alguna razón que lo pida. ¿Verdad que has oído esto antes?

Ya nada sería verdad o mentira en sí mismo: dependería de lo que Dios quisiese en cada momento; y entonces no habría verdades filosóficas, pero tampoco científicas, ni de ningún tipo... Además, se produce una ruptura irreconciliable entre los valores éticos y los hechos biológicos, entre las humanidades y la ciencia-tecnología moderna. Pues si las cosas no contienen dentro de ellas (en su modo de ser) algo que la inteligencia descubre e interpreta como cierta indicación de lo que se debe hacer con ellas (unas instrucciones de uso) o, al menos, de lo que es bueno o malo para ellas, entonces la libertad sólo puede entenderse como capacidad de elegir entre varias opciones indiferentes entre sí (ninguna es mejor en sí misma que las otras); y cuantas más opciones, más libertad. O sea, que todo da igual. Es como un terremoto de grado 9,8: no deja nada en pie...

Ockham era una persona creyente, y quería obedecer a Dios, y elegir la opción marcada por Él (en la Biblia, en los mandamientos, etc.); pero no porque esa opción fuera

mejor en sí misma, sino porque lo mandaba así Dios, y punto. La relación Dios-hombre ya no era para él la de Padre-hijo, sino la de Amo-esclavo. Por eso entendía la obediencia como la actitud de un esclavo: Dios limita mi libertad, mi capacidad de elegir, mis opciones, y yo me someto porque es lo que Él me pide, y porque no tengo más remedio. No la veía como la actitud propia de un hijo: hago míos los asuntos e intereses de mi padre y me implico en ellos voluntariamente (éste era el modo de verla antes, y lo que realmente enseña el cristianismo). En el planteamiento de Ockham tampoco cabe la generosidad, dar más de lo que me piden, que es lo propio del hijo que ama a su padre y quiere ayudarle todo lo posible en sus asuntos, que ahora son de ambos; pues para defender mi libertad (mi territorio) he de marcar y delimitar todo lo posible el campo en el que me pueden mandar, y así en el resto soy libre, porque puedo elegir lo que yo quiero. Te suena esto, ¿verdad?

Con este enfoque, la vida cristiana, la relación con Dios, se reduce a cumplir unos mínimos que Dios exige (mandamientos, ceremonias), lo indispensable para el aprobado, en lugar de buscar crecer e ir a por el sobresaliente: idea, reconócelo, muy extendida entre los cristianos todavía hoy. La libertad se concibe, con frecuencia, no como una capacidad de realizar la verdad del proyecto de Dios, sino como una fuerza autónoma de auto- afirmación, no raramente contra los demás, en orden al propio bienestar egoísta. La afirmación Mi libertad llega hasta dónde llega la de los demás es un

buen resumen de esa visión individualista: mi libertad ya no es algo relativo, una herramienta que se me ha dado para algo, sino que ha crecido desproporcionadamente, como un tumor, y se ha convertido en un absoluto, que no quiere depender de nada ni de nadie para conseguir sus propios objetivos.

Esto es, en gran medida, un egoísmo oculto tras una careta de buena gente. Es como decir: que nadie me moleste ni me exija nada mientras yo no moleste a otros. Pero ¿y mis deberes y responsabilidades hacia los demás? Pues la buena tierra hace algo más que devolver el grano que le ha sido confiado; y así también el corazón verdaderamente bueno no se limita a cumplir lo mínimo, sino que va más lejos, procura dar más de lo que ha recibido, como resultado de su crecimiento interior: La libertad no es la facultad para desentenderse de; es la facultad de comprometerse con, de asumir personalmente metas y opciones valiosas aunque supongan esfuerzo o requieran algunas renunciaciones. No comprometerme en nada me permite en teoría ser más libre, pero no me enriquece: y sin un para qué, mi libertad es bastante inútil.

Todos buscamos, más o menos conscientemente, ser felices. El problema es que la felicidad la entendemos de maneras distintas: como bienestar y placer (consumo, ocio), o como logro de una autorrealización o perfección (ser buen profesional, conseguir unos objetivos o metas personales), o como el poso que deja el servicio a los

otros (donación, solidaridad). A quien entiende la felicidad como simple bienestar y placer personal, o a quien busca por encima de todo y de todos conseguir sus objetivos es decir, a quien no sabe dar y amar, entregar y renunciar, todos los vínculos le parecen cadenas y cepos asfixiantes. Sin embargo, quien siente vivir en sí un amor inmortal, no tiene miedo de comprometerse, llegando incluso hasta a dar la vida por aquello o aquellos que ama, si es necesario. Depende de tu planteamiento vital, de aceptar que la libertad es algo muy valioso y necesario para tu crecimiento personal y para mejorar el mundo, pero sólo una herramienta, y necesita ser engrasada.

Siempre he tenido ansias de ser libre, de no tener ninguna atadura; pero a medida que iba creciendo me daba cuenta de que cuanto más libre pensaba y quería ser más se me complicaba la vida. Ser libre me suponía elegir, y quería elegir bien, pero esa opción siempre acababa comprometiéndome con algo, con alguien, con una situación, teniendo que abandonar otras no tan preferentes, pero a menudo también válidas. La libertad a veces cansa; veo situaciones en mi vida que no van, pero... es tan costoso decir ¡basta! y cambiar el rumbo... Por eso admiro a ese hombre endemoniado: porque fue capaz de decirle al Señor, aunque fuera con rabia y chillando: ¡ayúdame! Y a partir de ese momento se convirtió en ¡un hombre libre! .

Con la ayuda de la Teoría de Juegos (Matemáticas e Inteligencia Artificial), se entiende mejor el ámbito de libertad y creatividad que posee el hombre. Tu libertad no consiste en prescindir de las leyes y normas que rigen las realidades con las que te encuentras, de tal manera que sólo puedas ser libre en una huida constante de todo lo que te viene dado. En un juego no sucede así: si decido jugar al ajedrez, estoy  $\square$ determinado por las casillas del tablero, por el número y tipo de figuras, y por sus leyes de movimiento. Igual sucede con el fútbol: campo, jugadores, balón y reglas están establecidos (también en los videojuegos), pero no mi juego ni el de los demás. Entonces, el buen jugador no es el que constantemente actúa al margen de las reglas, sino aquel que desarrolla una mayor creatividad y habilidad, pero dentro del juego. Sigue reglas precisas, y con ello descubre posibilidades que antes eran desconocidas, y también crea otras nuevas que enriquecen el juego. Pues en la situación inicial no está escrito de antemano el desarrollo de la partida.

¿Te has parado alguna vez a pensar y esto es lo que no pudo percibir Ockham en un Dios capaz de poner desde el principio las leyes de la naturaleza, físicas, químicas y biológicas, y los mecanismos necesarios de indeterminación en las partículas elementales para, a partir de ahí, hacer surgir todos los elementos químicos, nebulosas, galaxias, estrellas y planetas, energía y materia, y un mundo tal como lo conocemos, incluyendo a los seres vivos (vegetales, animales, hombres)? ¿Y que

además ha organizado en la propia naturaleza el modo de que nosotros, que no hemos sido testigos de ello, podamos conocer cómo sucedió muchos millones de años después, gracias a la existencia de la radiación de fondo del universo, de las ondas electromagnéticas (rayos gamma, X, ultravioleta, luz visible, infrarroja, ondas de radio), del isótopo radiactivo Carbono 14, del registro geológico y fósil, ¿del ADN mitocondrial y el código genético? ¿No te asombra el impresionante mecanismo que posee una simple célula para fabricar las proteínas a partir de los genes, con traductores específicos, detectores de errores en la copia del ADN, e incluso sistemas de reparación de bastantes errores en la copia?

Un Dios así no es menos todopoderoso porque no pueda hacer ahora lo contrario de lo que quiso hacer e hizo: simplemente, no es tonto, es lo suficientemente inteligente para pensarlo todo y hacerlo bien a la primera sin necesidad de corregirse después. Sabe bien lo que quiere, y lo tiene todo en su cabeza, y ya ha contado con el modo de funcionar y vivir de cada parte del todo.

Ockham, sin darse cuenta, introdujo en el pensamiento de su época una época de crisis filosófica y de vacío intelectual, de desconfianza hacia la razón un huevo de Alien, llamado a crecer con el tiempo y convertirse en algo monstruoso al ir desarrollándose y desplegando todas sus consecuencias. Y ahora, desde mediados del siglo XX, ha llegado a salir del cuerpo y a devorar todo con su ácido corrosivo. Aunque el daño causado ya desde el principio fue muy grande.

Se podría decir, inventando un nuevo refrán, que cuando se equivoca una persona inteligente, con ella se equivoca mucha gente. Él no era consciente de sus consecuencias. Por eso, un modo de empezar a ser más libre consiste en acostumbrarte a pensar en las consecuencias de tus decisiones y asumirlas antes de llevarlas a cabo, en ser más consciente de lo que implica lo que vas a hacer. Pero no para huir y refugiarte en el temor o en la indecisión, sino para tomarte las cosas más en serio, y actuar con más conocimiento. Una gallina a la que le han cortado la cabeza sigue corriendo durante unos segundos la primera vez que lo ves da temor mientras duran los últimos impulsos nerviosos que recibió el cuerpo; pero ya no le sirve de nada a la gallina. Una libertad sin cabeza, sin pensar bien las cosas, ¿a dónde me lleva, para qué la quiero?

La libertad bien entendida se parece más a una energía, una fuerza que Dios da a cada persona, que se puede usar para el bien o para el mal, para construir y edificar bien según la razón y llegar a ser de verdad dueño de tu vida, o para dejarte llevar por tu debilidad y por otros, y llegar a destruirte, en mayor o menor medida. En una de las películas de la serie de La Guerra de las Galaxias, Anakin Skywalker deja de ser un verdadero caballero Jedi y sufre un proceso de transformación, al lado oscuro de la fuerza (Sith), cuando quiere tener algo que no le corresponde: el poder (control, dominio) para evitar el mal (sufrimiento) a

aquellos a quienes ama. Y es ilustrativa la respuesta que le da el Maestro Yoda: buscar ese poder la negra sombra de la codicia es. Esa escena recuerda la tentación y el pecado de Adán y Eva: buscar no depender de nadie, tener yo todo el poder de decisión. Es querer ser libre «al margen de Dios», incluso libre «contra Dios»; pero una libertad así, tan mal empleada, se convierte en anti libertad, en una libertad prepotente, que te corrompe por dentro y destruye lo que tiene alrededor.

Es un deseo que manifiesta a la vez un temor: el de sacrificar nuestra autonomía y nuestro dominio, y renunciar con ello al control de la situación, teniendo que confiar absolutamente en alguien fuera de mí, como el enfermo incurable en el médico, en los familiares, en Dios. Pero esa actitud abierta y confiada, humilde, es la que mejor nos permite conocer lo que somos y podemos: María desea que Dios sea grande en el mundo, que sea grande en su vida, que esté presente en todos nosotros. No tiene miedo de que sea un «competidor» en nuestra vida, de que con su grandeza pueda quitarnos algo de nuestra libertad, de nuestro espacio vital. Ella sabe que, si Dios es grande, también nosotros somos grandes, porque cada uno de nosotros es un reflejo de Dios, un destello de su infinita Libertad.

Además, para que tu vida sea para ti una historia verdadera, es necesario que una gran parte de ella sea decidida sin tu permiso; de lo contrario ya no sería una aventura real, sino un sistema mental cerrado y acabado,

sin posibles cambios. Pero tampoco sería bueno que tuviésemos que estar en cada instante reinventando toda nuestra vida, y por eso controlamos una parte suficiente de ella y así podemos ser el protagonista de nuestra propia novela; pero no dominamos toda, pues entonces ya no habría verdadero héroe ni novela. Por eso es tan sosa y aburrida la vida de muchos ricos y poderosos: no pueden vivir verdaderas aventuras, no tienen necesidad de enfrentarse a limitaciones y superarse, o las fabrican a su gusto y medida, y entonces dejan de ser aventuras para convertirse en fría realización de planes preconcebidos.

Por eso, si has captado lo profundo que encierra la libertad, entenderás fácilmente que ser libre no se opone a estar limitado, a depender de otros. Imagina una madre con un hijo pequeño: cuando están en un parque la madre deja que el hijo juegue, salte, corra. Sin embargo, cuando ambos están andando por un terreno pantanoso, ella agarra fuertemente la mano del niño, que va detrás; y le ha hecho entender con palabras o gestos que no debe separarse y que ha de seguir exactamente los pasos que ella dé. La madre acomoda su paso al del niño; alguna vez da una zancada mayor, y él se ve obligado a correr o hacer un esfuerzo especial, pero no se separa de ella. Ahora él no está siguiendo su camino, sino el de su madre, pero lo ha hecho también suyo. En el primer caso, el comportamiento del niño parece más activo, mientras que en el segundo más pasivo. Y puedes pensar que, por ello, hay más libertad en el primer caso. Pero ¿en cuál de

los dos casos el niño ha de poner más concentración, más voluntad de su parte? ¿Es menos libre por hacer lo que es mejor para él, aunque su actividad sea más interior que exterior, y tenga menos opciones? ¿En qué caso puede decirse que ha puesto más en juego su libertad?

Y es que la libertad no depende principalmente del número de opciones que tienes para elegir. La libertad es más intensidad que posibilidades, es más calidad que cantidad. Por eso es posible ser libre y dueño de mí mismo incluso en un campo de concentración, rodeado de limitaciones y controles exteriores, y no serlo probando todo tipo de experiencias sin límite ni control (alcohol, drogas, sexo, etc.), pues esas cosas suelen atar y esclavizar, haciéndome perder gran parte de mi autodominio y autocontrol. Tu libertad sin más no es capaz de hacer tu vida auténtica, buena: sólo logra hacerla espontánea y a menudo caprichosa. Necesitas reconocer y aceptar la realidad de las cosas, su verdad, para llegar a ser plenamente libre. Ya lo explicaba Jesús a los que habían creído en Él: Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Así la libertad y la apertura y confianza en los otros no son ya enemigos irreconciliables, sino colaboradores y compañeros de viaje.

En este momento mi recuerdo vuelve al 22 de octubre de 1978, cuando el Papa Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la Plaza de San Pedro. Todavía, y continuamente, resuenan en mis oídos sus palabras de entonces: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!». El Papa hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar. Pero no sólo ellos: ¿acaso no tenemos todos de algún modo miedo si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a Él, miedo de que Él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? (...) ¡No! Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada absolutamente nada de lo que hace la vida bella, libre y grande.

Hay que ser sinceros de verdad, y reconocer que a veces actuamos mal, usamos de manera equivocada nuestra libertad, pues es fácil engañarse pensando que las cosas son inevitables, o casualidades, y no fruto de decisiones personales:

*Tengo una mala noticia, no fue de casualidad, yo quería que nos pasara, y tú, y tú lo dejaste pasar.*

*No quiero que me perdones, y no me pidas perdón. No me niegues que me buscaste.*

*Los errores no se eligen, para bien o para mal. No fallé cuando viniste, y tú, y tú no quisiste fallar.*

*Aprendí la diferencia entre el juego y el azar, quién te mira y quién se entrega.*

*Nada, nada de esto,*

*nada de esto fue un error, nada fue un error.*

*( Fragmento de la canción Nada fue un error de Roberto Fidel Ernesto Sorokin Espasa, más conocido como Coti Sorokin, Coti Espasa o simplemente Coti (Rosario, provincia de Santa Fe, Argentina, 14 de junio de 1973), es un cantautor argentino, conocido en América Latina y España )*

Y llegamos a un asunto relacionado con la libertad del que casi no se habla: es de mal gusto, parece cosa de extraterrestres. El tema del pecado se ha convertido en uno de los temas silenciados de nuestro tiempo. El cine y el teatro utilizan la palabra irónicamente o como forma de entretenimiento. La Sociología y la Psicología intentan desenmascararlo como ilusión o complejo. El Derecho mismo intenta cada vez más arreglarse sin el concepto de culpa: prefiere considerar el bien y el mal como algo simplemente estadístico y distinguir, en su lugar, entre el comportamiento desviado y el normal. Pero las estadísticas pueden invertirse, y lo que ahora es considerado desviado puede convertirse en normal, a menudo con la ayuda de la manipulación informativa y a

través de una educación determinada. Pero el bien sólo se conoce si se hace; el mal, sólo si no se hace, pues el mal huye de la luz; sólo podemos reconocer un error cuando nos libramos de él, afirmaba Goethe.

*Tiene casi veinte años y ya está cansado de soñar,  
pero tras la cementera está su hogar, su mundo, su  
ciudad.*

*Piensa que la alambrada sólo es un trozo de metal,  
algo que nunca puede detener  
sus ansias de volar.*

*Libre,  
como el sol cuando amanece, yo soy libre como el mar...*

*Libre,  
como el ave que escapó de su prisión y puede, al fin,  
volar...*

*Libre,  
como el viento que recoge mi lamento y mi pesar,  
camino sin cesar detrás de la verdad  
y sabré lo que es al fin, la libertad.*

( Nino BRAVO, canción Libre)

Estamos obligados a elegir en muchos casos, pero no siempre acertamos, podemos escoger posibilidades que, a la corta o a la larga, se demuestran negativas: el pecado, elegir algo malo, hace daño a nuestro ser más profundo. ¿Y cómo acertar con las opciones positivas? No eliminando de nuestra libertad la inteligencia, pensando bien, buscando el bien. El alcohólico no es más libre por beberse una copa más; más aún, no será libre hasta que deje de beber. Si alguien se tira desde lo alto de un edificio diciendo que va a vencer la ley de la gravedad, en realidad el vencido es él. La libertad está diseñada por Dios para apuntar al bien, a lo bueno. Así, interiormente, cada persona se va haciendo o deshaciendo, se enriquece o se empobrece paulatinamente, dependiendo de sus decisiones, de su reacción ante las cosas y los acontecimientos. Una respuesta adecuada en el momento preciso puede encarrilar una vida; una elección equivocada (aunque cómoda) puede, por el contrario, convertir el resto del camino en una pendiente resbaladiza, o en un infierno. Una libertad absoluta, sin frenos, acaba por ver las cosas no como son, sino como queremos que sean, como nos interesa a nosotros. Y somos libres, pero no todopoderosos.

Hemos andado un largo camino. Sólo una imagen antes de cerrar la lección. Tal vez has visto a un niño pequeño jugando al tenis con su padre: cuando el niño le da a la bola, ésta con frecuencia sale despedida a cualquier sitio menos a donde debe, pero su padre se la devuelve fácil, al centro, para que el niño siga jugando. Y sólo en algunos

momentos, como desahogo o para acabar un punto que se está haciendo demasiado largo, el padre da un golpe en serio, y el niño ni ve pasar la bola. Algo parecido es lo que sucede entre el hombre y Dios, entre la humanidad y Dios: Él nos deja que actuemos, que demos golpes a nuestro antojo, y va enderezando más o menos visiblemente las cosas para que la historia y el progreso humanos puedan continuar. Pero de vez en cuando nos lanza un revés cruzado o un smatch un santo como Juan Pablo II, una crisis económica, un acontecimiento internacional que nos deja sentados y perplejos, y con el que nos gana el punto, el juego y hasta el set. Porque Él también tiene su Libertad. Y también juega.